

## TE DIJE QUE NO BAJARAS

Nombre: Ana Isabel Cámara García

Se oye el sonido de la verja de entrada que se abre. Ella se asoma a la ventana y ve que no hay nadie. Arrecia el viento y olvidó cerrar la verja. También se mueven los arbustos y esas flores rojas que no sabe cómo se llaman. El mar está encrespado. El guardia civil le ha dicho que los servicios de salvamento marítimo han dejado de buscarlo. Después de 48 horas no hay posibilidades de que este vivo. Reanudarán la búsqueda del cuerpo mañana de madrugada. Nota una presencia fría y húmeda. Cuando se vuelve, ahí está él, sentado junto a la mesa, con traje de neopreno, formando un charco verdoso bajo sus pies. Una mirada perdida y atenta en un rostro lívido. Tiene restos de algas por el cuerpo y una especie de concha en el hombro. Ella no siente ni sorpresa ni miedo. Él apenas un temblor en el labio violáceo.

—Te dije que no bajaras, no estabas en condiciones.

—Sabía que me dirías eso.

—No han dejado de buscarte.

—Lo sé, pero no tardarán en encontrarme. Estoy varado no muy lejos de donde buscan.

—Te dije que no bajaras.

A ella le resulta extraño, no el hecho de hablar con un muerto sino notar que la conversación es más liviana de lo que era antes. De nuevo chirria la verja. El viento no cede y azota los cristales. Un descuido, una mirada a la ventana y él ya no está. Siempre fue escurridizo. Ella sube a la habitación de arriba. Crujen las escaleras de la casa vieja y desgastada. Igual siente que sus órganos internos se rozan y se rompen. Gruñen los muelles del colchón cuando se acuesta. Sus huesos también protestan. Está cansada, lo nota en cada centímetro de piel que le roza como si fuera un traje que no le corresponde, una talla equivocada. Duerme. Duerme el sueño de varios días. Un sueño agitado y febril. Se despierta con un olor a plancton y salitre y él está de nuevo ahí, en su lado de la cama, como si no fuera consciente de que lo material ya no le pertenece.

—No es lo que crees —dice él.

—Yo no creo nada.

—Si lo haces, siempre has juzgado todo lo que hago.

—Siempre... todo... Ahora es nada.

Ha empezado a llover y él se desvanece de nuevo. Siempre fue muy escurridizo. Puede que hoy tampoco puedan bajar a buscarlo o puede que amaine el tiempo, la mar se calme y lo encuentren. Allí, varado en la zona de rastreo, a unos cuantos metros de profundidad. Suena el timbre de la puerta.

Hay una distancia enorme hasta ella, no por los tramos de escaleras, son la rabia y el resentimiento que se instalan como ladrillos en los pies. Bajar, abrir la puerta, escuchar. Esos dos hombres en el umbral, vestidos de uniforme, hablan. Sus voces como salidas de una antena mal sintonizada. Solo oye sonidos amortiguados Pero ya sabe lo que le están diciendo. Lo escuchará en las noticias, el teléfono no dejará de sonar. No es momento para aplaudir el morbo, les dirá. Ahora solo necesita respirar. Un par de bocanadas y quizá pueda desprenderse de ese olor frío a moho que hace dos días la persigue.